

La nube negra

María Cristina Salas



La nube negra

Había una vez, en un lugar muy lejano de aquí, un hombre llamado Jal Gribo. Había nacido en un país pequeño, de gente noble y sencilla, y en una familia ordenada, limpia y disciplinada. Se había casado con una mujer especial, Gretchel Gran, que murió joven y con la que no llegó a tener descendencia.

Jal era el zapatero del pueblo, profesión que había heredado de su padre, y este de su padre, y este de su padre, y este de su padre, lo que nos indicaba que hasta el tatarabuelo de Jal había sido zapatero. Eso se podía notar con solo echarle un vistazo a la terminación y al amor con el que trataba cada ejemplar: parecía que tenía entre las manos la joya más delicada y fina.

La fachada de la tienda de los Gribo no había sido reformada durante todos esos años. Ni siquiera el cartel de la entrada, una madera gruesa, de roble, que colgaba de dos cadenas fuertes, en el que se podía leer en pintura roja «Zapatería Gribo». El cartel jamás se había quitado o reemplazado por otro nombre, todo el pueblo sabía que los Gribo eran los únicos zapateros. Y, cuando en las tardes de invierno soplaba el viento, lo agitaba suavemente suspendido de las cadenas, con un sonido a hierro viejo y oxidado que llamaba la atención de los que pasaban.

Desde pequeño, su abuela materna, con la que quedaba al cuidado, le leía cuentos maravillosos y de una gran creatividad con los que imaginaba ser el protagonista, pero su padre le había deja-

do bien claro el oficio desde niño y, en vez de cuestionarse nada, continuó con él.

Ahora todos habían muerto, y su mujer, con la que había soñado formar una familia, le había dejado solo. Era difícil reemplazar a Gretchel en su corazón. Se habían criado juntos, compartieron escuela desde pequeños, pescaron en el río del pueblo y se bañaron en él infinidad de veces. Se contaron secretos sentados en las raíces de los árboles, y disfrutaron de muchas lunas en las noches estrelladas de Mer, que así se llamaba el pueblo. Un nombre muy extraño para un sitio alejado del mar, porque Mer significa «mar» en francés.

Se rumoreaba que el primer colono habría podido ser un marino que teniendo nostalgia le pusiera al pueblo ese nombre para recordar aquello que añoraba.

El amor les llegó como una lluvia fresca en primavera, ya que todo en sus vidas había sido un remanso de felicidad.

¿Cómo olvidar sus ojos azules, su pelo dorado de rayos de sol, su piel blanca con una constelación de pecas que inundaban su cara? Todavía podía acariciar en su memoria sus largas trenzas, que solía anudar por las mañanas mientras se contemplaba en el espejo y le sonreía mirándole de reojo.

¡Gretchel, Gretchell, la de mirada ardiente y corazón puro.

El pueblo celebró su boda como el acontecimiento del año, y la muerte de ella años después lo llenó de tristeza y negro luto. Una tos que pasó a sus pulmones se la llevó una mañana fría y gris, y con ella, la sonrisa de Jal.

—Pobre Jal Gribo —decían sus amigos—, no soportará la pérdida. Y de verdad, no la soportó.

Todas las tardes después de cerrar la tienda, llegaba hasta la tumba de Gretchel para contarle lo que había ocurrido durante todo el día, y depositaba, al lado de su nombre, un ramillete de *edelweiss* recogido en el monte.

—¿Te acuerdas, querida?, tus preferidas —le decía mientras acariciaba la tierra debajo de la cual se hallaba el cuerpo sin vida de Gretchel.

Por las mañanas seguía abriendo su taller y reparando los zapatos con el mismo amor y esmero, pero su mente viajaba a miles de kilómetros de allí.

Muchas veces escuchaba en su memoria la voz de su abuela contándole cuentos, y solo cuando un clavo o el martillo se estrellaban en su dedo en lugar de en el zapato, volvía a la realidad.

—¡Ah, Jal Gribol!, pobre alma en pena —decían todos—. La tristeza de sus ojos se percibe al doblar la esquina.

Un día, mientras sus pensamientos volaban con su memoria, recordó su voz de niño diciéndole a su abuela:

—Me gustaría producir libros como papá fabrica o remienda zapatos, que tuvieran cuentos tan bonitos como los que me cuentas tú.

La abuela sonrió y festejó la ocurrencia del pequeño, y con un beso tierno lo acostó para que durmiera.

No sabía por qué, después de tantos años, aquello volvía a su memoria, pero una ilusión se apoderó de su corazón. ¿Sería posible que siempre hubiera deseado hacer eso y que la obligación familiar torciera su destino? Esa pregunta fue el inicio de todo.

Quizá todavía no fuera demasiado tarde, pensó. A partir de aquel día, su vida cambió.

Mientras trabajaba en sus zapatos, mascullaba en su mente cómo haría cada libro, cómo lo imprimiría, de qué cosas hablaría, qué portadas les pondría y un largo etcétera.

La gente del pueblo comenzó a darse cuenta de que algo ocurría en la tienda de los Gribol, porque se llevaban a sus casas zapatos desiguales, o sin cambiar las suelas, o con clavos que sobresalían de la plantilla.

«Pobre Jal —pensaban—. Seguro que se ha vuelto loco de soledad».

Y, aunque las mujeres se pusieron de acuerdo en ayudarlo con los quehaceres domésticos y con su ropa, ninguna logró entender qué le pasaba.

Jal seguía con su sueño, que cada vez se hacía más grande. No quería compartirlo con nadie.

Muchas veces lo pillaban sonriente mirando por la ventana, extasiado en el paisaje, y los vecinos lo atribuían a que estaba fantaseando con Gretchel.

Un día, abandonó su taller de calzado de toda la vida, y vendió todo lo que tenía.

Cogió apenas un poco de ropa, y partió del pueblo que lo había visto nacer, hacia la nada. «Quiero dedicarme a editar libros para el mundo», decía a todo aquel que le preguntaba.

Visitó la tumba de Gretchel por última vez, y depositó las primeras flores de *edelweiss* que habían salido en el monte.

Fue difícil que la gente del pueblo lo entendiera, es más, jamás lo comprendieron.

El pueblo no solo perdía a un hombre muy querido, sino que, además, se quedaba sin el único zapatero, y eso no se lo podían perdonar.

Nadie acepta los cambios.

Lo más fácil fue decir que se había vuelto loco.

Los más atrevidos crearon una canción burlándose de su nombre:

«A Jal Gribo, de tanto pensar,
se le *gribó* la cabeza como a los grillos, de tanto cantar.
Ahora es Jal Grillo, grillo, grillo, de tanto soñar».

Por fortuna, Jal no llegó a escuchar la canción de despedida que aquel ingrato pueblo de gente noble y sencilla le había compuesto y dedicado. Después de estar todos esos años consagrado al cuidado y confort de sus pies, le despedían de esa forma humillante.

Se hubiera dado cuenta de que las quijotadas se pagan con la crítica destructiva, y eso hubiera entristecido su alma, que ahora volaba como el viento, llena de ilusión y libertad.

Con un equipaje ligero, y unas buenas botas para andar que se confeccionó él mismo, se echó a la carretera.

En el bolsillo llevaba todo el dinero necesario para cumplir su sueño.

Al partir se había estipulado vivir cada momento como si fuera el último, y solo detenerse cuando le apeteciera dormir o comer.

Donde su alma sintiera la necesidad de quedarse, allí se quedaría, para establecer su apasionante, dinámica y entretenida imprenta de libros. Hasta el nombre tenía pensado, se llamaría «El Libro Mágico».

La carretera le pareció corta y, aunque llevaba varios meses buscando el lugar ideal para quedarse, hubiera seguido de lo bien que se lo pasaba viajando si no hubiera experimentado el sentimiento y la emoción tan especial que sintió cuando entró en París.

Su olor, su paisaje y el Sena lo enamoraron.

Esas luces brillantes que se encendían por la noche, esa luna que parecía más blanca que en ningún sitio, esos tejados llenos de murmullos, y ese ir y venir de gente lo convencieron.

Quizá esas palabras en francés que su abuela le enseñara de pequeño hubieran influido en su decisión, porque Jal Gribo, por fin, se sentía en casa.

Hasta la niebla, que emergía silenciosa de las aceras cargadas de historia, le resultaba apasionante. El olor a óleo que emanaba de las pinturas de los cuadros que componían en las calles y el acordeón con gorjeos tristes de ciudad ambivalente y cosmopolita lo acogían con su milenaria voz.

¡Ah, Jal Gribo!, ya no se acordaba de su pequeño pueblo. Su corazón latía efervescente por llevar a cabo su sueño.

Mientras se acomodaba en una pensión circunstancial de una gran avenida, se asomó a la ventana y allí, mirando a la luna, le confesó a Gretchel que era el hombre más feliz de la tierra.

Un día, caminando por la ciudad, contempló un cartel de «Se vende», en la puerta de una tienda pequeña pero con un gran escaparate. De inmediato Jal presintió que allí tendría que poner su imprenta y su tienda de libros.

El trámite de la compra se realizó en pocos días y, cuando pudo levantar la cortina, que sonó a hierro destartado, y colgar

el cartel con el nombre de El Libro Mágico, a Jal se le llenaron los ojos de lágrimas.

«¡Ojalá hubiera podido compartir con mi abuela esta experiencial», pensó.

—¡Seguro que se sentiría orgullosa de mí! —exclamó en la soledad de la tienda.

Todavía quedaban restos del anterior propietario cuando se decidió a empezar con las actividades de limpieza, restauración, pintura de las paredes, la compra de estanterías y el mostrador. En pocas semanas, tenía lo indispensable para empezar a editar sus propios libros.

En las paredes había instalado estantes de madera para proteger las futuras ediciones, y un escaparate muy bonito y decorado para que todo el que pasara pudiera verlas.

El día esperado llegó con un sol resplandeciente y muchas ilusiones.

Lo primero que se le ocurrió fue empezar a redactar los cuentos que su abuela le contaba en la infancia, encuadernarlos en una edición infantil, y buscar algún dibujante, de aquellos que solía ver en las calles retratando transeúntes, para que le diseñara una tapa llamativa y con muchos colores.

En pocos meses, la librería se había llenado de maravillosos libros, y la imprenta despedía ese olor característico a mezcla de papel y tinta.

Las uñas de Jal se llenaron de restos de polvillo de papel, y de coloración por los matices empleados, pero era como un niño con su juguete más preciado.

Muchas veces se olvidaba de comer, porque se entretenía en controlar una a una las hojas de los libros recién impresos. Quería lograr la perfección en la presentación, en el texto, en los dibujos. Se había planteado llegar a ser el mejor editor de todos los tiempos.

Buscaba con esmero el mejor cuento, la mejor historia, el más entretenido relato, la poesía más romántica.

Acudían a él escritores de muchos sitios, de diferentes países, de distintas regiones, de todas partes del mundo.

Se había escuchado por ahí que Jal Gribo era una extraordinaria persona, que solo publicaba cosas que tuvieran un gran valor literario, y que atendía a todo aquel que fuera a verlo con una gran amabilidad, sencillez y amor.

¡Ah, Jal Gribo!, era el sueño de todo escritor. Los que no tenían dinero para costearse el viaje para llegar hasta él hacían ayuno, mendigaban o trabajaban en lo que podían, lo importante era que Jal Gribo leyera sus escritos.

La imprenta no dejaba ni un momento de imprimir, ni los estantes dejaban de llenarse. En poco tiempo, tuvo que poner tantos tablones para acomodar los libros que no quedaba un espacio libre en ninguna de las paredes.

Los camiones que traían el papel de diferentes colores, las tintas y las cartulinas para la tapa realizaban viajes constantes a la tienda de Jal para dejarle suministro.

Era tal el movimiento en la imprenta de recepción de escritores, vendedores de papel, provisión de materiales y sonido de maquinaria que cualquiera hubiera podido quedarse sordo.

Uno de aquellos estresantes días, en el que Jal apenas había podido comer y echarse una pequeña siesta por la tarde, mientras cerraba su tienda para irse a dormir, necesitó abrir un libro que acababa de imprimir. Había en su interior una fuerza inexplicable que lo llevaba hacia él.

Cuando abrió la tapa y controló todo el material impreso, se dio cuenta de que, intercalada entre dos hojas escritas, había quedado una en blanco. Con una paciencia infinita, de aquella que caracterizaba a Jal, descosió el ejemplar y, aunque estaba cansado, retiró la hoja para volverlo a coser.

En cuanto terminó la operación, cogió el folio y lo incorporó a la maquinaria de imprenta. Fue entonces cuando se percató de que la hoja había quedado un poco dañada. Recordó las figuras de papel que hacía su madre en las tardes de invierno, y con las cuales lo entretenía para que tomara la merienda, y con una habilidad que

le era innata, con mucho amor y esmero, en pocos minutos diseñó una bellísima muñeca de papel, que acomodó bien sentada sobre un libro que lucía en el escaparate.

—Te llamaré Poupée —le dijo con una sonrisa que se había escondido durante mucho tiempo en su cara—. Porque eres bella como una muñeca.

Apagó la luz de la tienda y se fue a su casa a dormir, con la conciencia de haber realizado bien su trabajo del día.

La mañana siguiente nació con una fina lluvia que caía suavemente los vestidos y los trajes de los infinitos transeúntes.

Jal abrió la ventana de su piso recién comprado, y contempló el cielo abarrotado de nubarrones grises y blancos.

El piso en el que vivía Jal era pequeño y de colores oscuros; demostraba una tristeza que no le abandonaba. Tenía los muebles indispensables y los objetos justos.

No había más que un solo cuadro colgado de la pared del comedor que tenía pintado un barco turístico sobre el mar. Un cuadro extraño, sin demasiados colores, que Jal heredó del anterior dueño, y que no quiso ni siquiera descolgar del sitio en el que había quedado. Había algo en él que le llamaba la atención, y no sabía qué.

En su única ventana, no había ni macetas ni flores, solo una cortina blanca que ya se había tornado amarilla de los humos de la ciudad.

Para un hombre solo como era Jal, aquel piso era demasiado confortable.

Una brisa helada le estremeció de frío, se calzó su abrigo y empuñó su paraguas.

Se había acostumbrado a llevar un sombrero sin forma en la cabeza, como lo hacían muchos parisinos en otoño. Las orejas se le enfriaban con frecuencia, y con él había logrado mantenerlas bien calientes.

Una bufanda de mil colores le envolvía el cuello, y salió con una sonrisa colgada de su rostro hacia su tienda.

Cerró con dos vueltas de llave su pequeño piso de una habitación, y bajó las escaleras en forma de caracol que lo llevaban a la calle. Antes se había asegurado de haber cerrado bien todas las llaves de la luz, de la cocina y el calentador. Jal era un hombre metódico, y rara vez dejaba las cosas fuera de lugar.

Abrió su paraguas ya en la calle, y dejó que la lluvia golpeará suavemente en la tela. No había cosa que le agradara más que escuchar el sonido de las pequeñas gotas.

Caía en el río Sena casi imperceptible, y Jal se detuvo a contemplarla en uno de los puentes que lo surcaban.

Se apoyó sobre la barandilla de piedra ancha, con su paraguas abierto, su bufanda al viento y su sombrero cubriéndole hasta la mitad de la frente. ¡Cuántos parisinos al día hacían ese ritual y se quedaban viendo cómo corrían las aguas de aquel río tan amado, tan de ellos!

Sus ojos se clavaron en la profundidad de las aguas, turbias, frías. ¡Cuántos secretos se escondían en sus profundidades!

Recordó a Gretchel, sus besos, su voz cristalina. Sus manos tan delicadas haciendo pan en aquellas tardes de invierno. Los largos paseos que solían hacer juntos imaginándose el futuro. Y ahora estaba él ahí solo, ¡qué ingrato era el destino! ¡Cuántos proyectos sin acabar, malogrados por aquella enfermedad! ¡Cuántas ilusiones desbaratadas!

Una lágrima corrió desde su ojo izquierdo y le atravesó la mejilla. Hacía tiempo que no se ponía triste y melancólico, «¿Será la lluvia?», pensó.

Sus tripas rugieron como mil leones hambrientos, y se acordó de que no había desayunado. De camino a la tienda se compraría un café de exquisito olor y de tueste recién hecho, y un panecillo caliente en el bar-restaurant de Pepín. El propietario era un español que había huido de la guerra y se había afincado en París. Hacía unas comidas

caseras suculentas, que Jal muchas veces compraba para llevar, y la gente colmaba el sitio para saborear deliciosas tartas e infusiones y conversar, una costumbre bien arraigada en Francia por aquella época.

El vaso de café le calentó las manos, pero no quiso esperar a bebérselo allí. Aunque tenía tiempo, siempre le gustaba abrir unos minutos antes de las diez. Guardó el panecillo en el bolsillo de su abrigo y continuó hasta su tienda.

París no amanecía hasta las diez. Parecía que la gente se escondía hasta esas horas avanzadas de la mañana, para luego emerger como infinidad de hormigas acuciadas por las prisas y enmarañadas en las calles.

Ya pronto entrarían en el invierno y, en esos pocos meses en que Jal había llegado y en los que había disfrutado del final del verano y del otoño, se había dado cuenta de que París siempre era húmedo, aunque algunos días no lloviera.

En prácticamente seis meses, Jal había logrado ser bastante conocido para los escritores y los proveedores, nadie escribía nada sin mostrárselo, ni nadie creaba un nuevo tinte o un nuevo color de papel sin su opinión.

Abrió la cortina de hierro de su tienda, era pesada, y chirriaba como todos los días.

La ventana del escaparate lucía limpia y Poupée le daba un aire conciliador con la alegría. Jal sonrió al verla y le guiñó un ojo:

—¿Me esperabas? —le dijo, seductor—. Ya mismo te doy un sorbo de café, bonita.

A veces se sentía solo, los recuerdos le abrumaban. Un dolor intenso se apoderaba de su pecho y no le dejaba respirar. Aunque era feliz haciendo lo que desde niño había deseado, no podía compartir su sueño con aquellos que siempre había amado.

La nostalgia muchas veces le jugaba una mala pasada, y aquella ciudad tan especial le ayudaba a revivirla.

Pasó la mano por el mostrador y retiró el polvo sin quererlo. Cogió entonces un trapo y lo pasó a conciencia. Se quitó su abrigo,

su sombrero, y dejó que el paraguas escurriera en una papelería que había improvisado para ello.

Se acabó su café con su panecillo caliente, y enseguida se sentó en su escritorio para terminar de leer una historia que le había llegado por correo el día anterior. Pensó que por el día lluvioso, seguramente, lo visitaría poca gente.

Recordó que a las once pasaría el repartidor de papel para una entrega, y se abocó a la lectura para finalizarla antes de que pudieran interrumpirlo.

Eran justamente las once de la mañana cuando Jal terminaba de leer la última página de aquel relato que lo había dejado maravillado. Era un relato mágico, entretenido y muy creativo. Había decidido editarlo, pero le cambiaría el nombre que le había propuesto el autor; había pensado en que mejor le iría el nombre de su tienda. «¡Sí! —exclamó convencido—, lo llamaré *El libro mágico*, y al autor le encantará porque lleva el nombre del negocio».

La campanilla de la puerta se agitó al abrirse y dejar pasar al hombretón que traía la carga de papel acostumbrada. Jal volvió de su ensoñación y se levantó precipitadamente.

—Buenos días, Anry, déjalos por aquí. —Y señaló un rincón para que dejara los bultos que le traía.

Buscó en su bolsillo de siempre para pagar la mercancía, y sus dedos toparon con el vacío. La cara de Jal pasó de un tono normal a un blanco desolador. Rebuscó en el otro por si se hubiera equivocado, pero no era el correcto. Siempre había guardado el dinero de la venta de todas sus pertenencias del pueblo de Mer en el bolsillo derecho, y ese justamente estaba vacío.

No se podía creer lo que estaba ocurriendo. Su bolsillo, el suministrador de todo, había tocado a su fin. ¿Era posible, el dinero se había acabado?

El hombretón notó la palidez de su cara y la consternación de Jal.

—¿Ocurre algo, señor Gribo? —le dijo en un francés cerrado, bien de campiña.